

Iñaki Domínguez

**BU
FO
NES**



**Humor, censura e ideología
en los tiempos de internet**

Ariel

Iñaki Domínguez

Bufones

Humor, censura e ideología en los tiempos
de internet

Ariel

Primera edición: noviembre de 2024

© Iñaki Domínguez, 2024

Derechos de publicación acordados con TrishaTelep, The Rights Factory

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3810-1

Depósito legal: B. 17.907-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



La figura del bufón como ancestro del actual cómico

Aunque en el imaginario colectivo la figura del bufón es asociada siempre a tiempos medievales, lo cierto es que es mucho más antigua de lo que uno creería en un principio. Se cree que el bufón de la Edad Media fue una mutación o modificación del mimo cómico típico de la Grecia y Roma antiguas. Dichos mimos empleaban palabras (no eran mudos, como los actuales) y se les llamaba así por el hecho de que imitaban la vida, tal y como era, no por guardar silencio. Como es sabido, el arte tradicionalmente ha tratado de imitar la naturaleza, y es el actor quien desempeña tal función.

La referencia más antigua a un bufón de la corte la hallamos en el Antiguo Egipto, durante la Sexta Dinastía (2323-2150 a. C.). Esto sirve de testimonio, primero, de que el bufón es una especie de arquetipo universal cuya identidad y características trascienden el espacio y el tiempo, ya sea porque su figura surge espontáneamente en diversas épocas, culturas y civilizaciones, o porque su función resulte tan esencial a la sociabilidad que su rol se disemina por contagio cultural directo, al igual que lo hacen las buenas ideas e inventos. Y, segundo, es síntoma de que el cometido que ejerce el bufón es de vital importancia en todo lugar y cultura. La risa veraz parece ejercer una función esencial en el seno de las comunidades humanas, del tipo que sean.

En el caso egipcio, hay cuevas como la de Beni Hassan que muestran enanos y hombres deformes como parte de

los séquitos de los ricos; estos eran algo así como duendes humanos empleados para el entretenimiento de los poderosos, aunque esa fuese solo una de sus funciones, y no la primaria, precisamente.

El Papa Julio III, figura del siglo xvi, también contaba con bufones y un mono como parte de su corte. Llegado el siglo xx, hasta el boxeador Sugar Ray Robinson contaba con un enano en su séquito llamado *Arabian Knight* («Caballero Árabe»), algo que el boxeador creía le dotaba de un especial estatus. Lo cierto es que los histriones privados han acompañado a los poderosos en muy diversos tiempos y lugares.

En términos histórico-cronológicos, los cómicos de la Antigua Roma representan el primer precedente del bufón medieval; y, tal y como sucede en la actualidad, había purgas de actores cómicos por la franqueza con la que hablaban. Estos ocupaban, por entonces, al igual que los actores, una posición social baja. Hoy, curiosamente, ocurre justo al revés: son la gente que entretiene, como actores, deportistas o músicos, quienes ocupan una posición o rango altísimo en la jerarquía social. De hecho, son las élites del mundo del entretenimiento quienes, con frecuencia, atesoran la posición que antaño ocupaban los antiguos reyes y aristócratas.

El bufón es aquel que ha de entretener pero que, en el proceso, sirve de ligadura entre la corte y el mundo real. Es el ancla que, por medio del humor, debe ser capaz de hacer ver a su amo cuál es el estado real de las cosas. Ha de hacer patente en el rey el «principio de realidad», ese es su principal cometido.¹ Es decir, que ha de pronunciarse verazmente. Para decir la verdad y que esta resulte digerible, el bufón ha de ser —al igual que el verdadero cómico— un

1. El principio de realidad en Freud expresa la capacidad de la mente madura para evitar la gratificación instantánea en favor de la satisfacción a largo plazo. La gratificación instantánea sería, en este caso, el creer las propias fantasías y autorrepresentaciones que halagan la vanidad. Este tipo de *surplus* ha de ser anulado en favor de una representación nítida —y no tan placentera— del mundo de los hechos.

maestro del humor, que no solo debe revelar cosas por vía de su comedia. Ya en el siglo II a. C. Terencio, en *Andria*, dijo que «la verdad puede engendrar odio» (*veritas parit odium*), y no se equivocaba. En España suele decirse que las verdades ofenden, algo que nos parece un hecho. Es por ello que hay que emplear procedimientos particulares y al son de códigos y rituales muy específicos.

Según dice la sabiduría popular española: «Entre broma y broma, la verdad asoma»; o, en palabras del icono de la contracultura de los años sesenta, Jim Morrison: «Me he dado cuenta de que cuando la gente está de broma, en realidad, habla muy en serio». En este sentido, un amigo me comentó en una ocasión: «Yo he insultado y llamado cerdos a mis jefes a la cara muchas veces». «¿Cómo?», pregunté yo. «Diciéndoselo como si fuese en broma, en plan: “Joder, macho. ¡Qué cerdo eres!”».²

El humor, el chiste y la broma son buenas maneras de ser sinceros sin ser castigados por ello. Como dijo La Rochefoucauld sobre este asunto en varios de sus aforismos: «Poca gente es lo suficientemente sabia para preferir la crítica útil antes que el tipo de elogio que supondrá su ruina»; «La adulación es una moneda espuria que solo permanece vigente gracias a nuestra vanidad». O, también: «El hombre que vive sin locura no es tan sabio como cree». Cada una de estas sentencias encierra una sabiduría vinculada a la existencia inmemorial del bufón. Alrededor de los siglos X y XI un derivate le dijo al sultán Mahmud de Gazni que «es el proteger de todo criticismo a la gente de cualquier estatus la causa de su perdición».

Lo cierto es que encontramos testimonios del bufón como anunciador de la verdad por vía del humor —siempre con una potestad de la que el resto carece— tanto en China, como en África, Europa, la India u Oriente Medio. En algunos casos, esta permisividad se basaba en una supuesta y ver-

2. De hecho, este es un mecanismo muy castizo.

dadera locura padecida por el bufón que, al no estar en su sano juicio, podía decir aquello que a nadie más le estaba permitido. La locura, también hoy, puede ser eximente si es que alguien comete una falta o delito bajo su amparo. Esto queda reflejado en las propias leyes de Estados democráticos modernos. El artículo 64 del Código Penal francés dice al respecto: «No hay crimen ni delito cuando el acusado se encuentra en estado de demencia en el momento de la acción o cuando es obligado por una fuerza a la cual no puede resistirse». La locura representa un desajuste radical con respecto al discurso, la cultura o la ideología dominantes, por lo que colocaría al loco —muy ligado a la figura del bufón que, en inglés, puede ser llamado *fool* (literalmente, «loco») — en un plano alternativo ajeno al del resto de la ciudadanía. El loco sería aquel que «no sabe lo que hace», aquel que ha roto por completo con las normas y valores imperantes, sin tener siquiera conciencia de ello. En la obra teatral de Victor Hugo, *El rey se divierte* (1832), protagonizada por el famoso bufón Triboulet, este dice abiertamente ante un miembro de la corte: «Con los locos y con los niños es preciso transigir»; una creencia que sigue vigente en muchos códigos penales. Sin duda, la locura puede servir al acusado de un delito serio para evitar la cárcel.

Sobre la locura en la Edad Media, el psiquiatra Enrique González Duro nos enseña en su *Historia de la locura en España* (1994) que «para muchos, los locos tenían una cierta impronta de lo sobrenatural, de lo sagrado, como si hubiesen sido tocados por Dios o encarnasen la “caída” de la naturaleza humana. Persistía todavía una concepción mágica de la locura, procedente sobre todo del mundo musulmán, donde los locos eran considerados como seres aparte, iluminados, místicos e incluso profetas». Y añade: «Se creía que los locos veían lo que otros no podían ver: estaban dotados para predecir el futuro y adivinar el destino de algunos hombres. En cierto modo, habían sido elegidos por Dios y se conducían con una regla distinta a la que regía para los cuerdos». Du-

mas, recuerda González Duro, decía que la «verdad puede ser tolerada tan solo bajo la máscara de la locura». De este modo, risa, deformidad y locura serían disfraces o filtros mundanos que permitirían al bufón ser sincero con su amo. De los locos solía decirse: «La sabiduría de los hombres sensatos es a veces corta de vista, mientras que los locos ven a lo lejos». Y, como afirma el psiquiatra español: «Según Santo Tomás de Aquino, los santos eran los más locos para el juicio humano, porque despreciaban los bienes que buscaba la sabiduría de los hombres, y su conocimiento era de inspiración divina». En el siglo XIII, cuando la reflexión teológica estaba íntimamente relacionada con la filosofía, «se llamaba loco tanto al místico como al visionario, al demente que no podía valerse por sí mismo y que debía ser “guardado”, como al bufón, hombre de ingenio, artífice de chistes y piruetas, o al ser deforme o jorobado, insignificante, grosero y capaz de soportarlo todo. Los locos, en tanto que monstruos y bufones, se encontraban por todas partes, junto a reyes, príncipes, obispos y señores de la nobleza, o como animadores de fiestas públicas o privadas, vestidos con caperuzones y cascabeles. Divertían, entretenían y soportaban crueles burlas, pero también se comportaban insolentemente y algunos hasta sabían ganarse la confianza de sus amos». Davihuelo es un ejemplo de bufón que se hizo famoso y hasta sufrió la envidia de muchos señores de la corte de Juan II de Castilla por ser su predilecto, así como la condena del poeta Migo López de Mendoza, que llegó a condenar a quienes cobijaban y cubrían de lujos a estos locos palaciegos: «Traen truhanes vestidos de brocados y de seda, llámenlos locos perdidos, más quien les da sus vestidos por cierto más loco queda». En relación con la característica vestimenta del bufón, los cascabeles y espejillos seguían una estética iconográficamente asociada a la locura, lo que pone de manifiesto su estrecha relación con el loco.

Al bufón, entre otros nombres, se le llamaba «lengua libre», denominación que hace referencia a su libertad a la

hora de decir ciertas cosas. Los bufones, o truhanes, eran herederos del histrionismo de los mimos de la Antigüedad, y eran tenidos por falsos locos. Estaban cercanamente vinculados con los cómicos y actores del Siglo de Oro. Bouza nos dice al respecto: «Los truhanes parecían vivir fuera de las convenciones protocolarias y, en buena medida, su gracia consistía precisamente en violar los rígidos usos de la sociedad estamental y de palacio».

Se trataba, pues, de «practicar la antietiqueta». González Duro señala que el sacerdote y jurisconsulto Francisco Bermúdez de Pedraza alababa la función de los bufones, afirmando: «Siempre se ha [dicho] de la verdad que andaba de capa caída en la corte y no era bien vista en palacio y entraba pocas veces y con miedo en él, razón porque los antiguos introdujeron en palacio locos o truhanes, que sin temor las dijeran y de aquí debió salir el refrán antiguo, niños y locos dicen las verdades, y la prudencia del rey don Felipe II los tuvo».

Desde los tiempos de Alfonso X ya se llamaba bufón al que se hacía pasar por loco en palacio. La locura ha sido rodeada de un aura de misterio y encanto desde la Antigüedad, y también en los tiempos actuales.³ Como comenta Fernando Bouza: «la edificante causa de este *elogio a la locura* puesto en práctica no fue otra cosa que suponer que el rey oiría la verdad a través de los locos, cuya inocencia... los habría hecho inmunes a cualquier tipo de intereses particulares». Jerónimo de Mondragón, escritor y jurisconsulto del siglo XVI, dice que el loco o el bufón «puede hablar cuanto quisiere tanto a los emperadores, reyes como a otra cualquier persona sin recibir por ello heridas ni oír amena-

3. La vinculación entre genio y locura está presente ya en *El banquete* (385-370 a. C.) de Platón y en la época contemporánea es más que visible entre jóvenes aspirantes a transgresores que emulan la locura, como en la famosa Factoría de Andy Warhol. Hoy día entre ellos estarían también traperos y representantes de la música urbana, por ejemplo.

zas o palabras afrentosas». Algunos de estos «hombres de placer», bufones y enanos eran confidentes de los reyes y reinas.

La profesión de bufón podía ser muy bien remunerada, como ocurre hoy en el caso de muchos cómicos. Al respecto, señala Fernando Bouza que « el primer registro de la palabra *bufón* en castellano [aparece] en un documento, de 1213, en que se habla de un tal *don Guzbet de Puech Aldin*, bufón, propietario de una tierra colindante con otras del monasterio de Sahagún».

González Duro retoma la figura del Loco Amaro, quien vivió en Sevilla a finales del siglo xvii. Este personaje enloqueció al descubrir a su esposa en la cama con un fraile. Bajo el manto de la locura Amaro sermoneaba en las calles, donde criticaba amargamente a todo tipo de personajes, entre los que se incluían canónigos, médicos, frailes, físicos, etcétera. Incluso criticaba al arzobispo de Sevilla, que estaba construyendo una lujosa escalera de jaspe en su palacio: «Muy santa debe ser su Ilustrísima, pues se ha atrevido a hacer lo que no hizo Cristo, pues el diablo le pidió a su Divina Majestad que convirtiese las piedras en pan, y su Ilustrísima lo ha hecho al revés, porque el pan de los pobres lo ha convertido en piedras que solo sirven de ostentar la riqueza y vanidad de este mundo». Los sermones del Loco Amaro gozaban de gran aprecio popular.

Con la llegada de la sociedad burguesa, afianzada tras la Revolución francesa, se otorga un nuevo estatuto a la locura, que es entendida a partir de entonces como una amenaza social. La razón se convierte en este periodo en valor preponderante, al menos entre las clases dirigentes. Digamos que la sociedad capitalista —en la que el racionalismo cobra más importancia y protagonismo— rechaza la locura de modo más agresivo; y quizá, por tanto, también el humor del bufón.

Existía una tradición medieval de las «fiestas de locos o inocentes». Eran celebraciones paródicas consentidas por su

valor catártico como simulaciones que habían de poner el mundo social del revés. Algo así como revoluciones simuladas, bailes de disfraces carnavalescos que servían para canalizar los impulsos destructivos en comedias inofensivas para el poder. En palabras del filósofo Peter Sloterdijk: «Las sociedades de clases apenas pueden existir sin la institución del mundo al revés y de los días locos, tal y como muestra el carnaval hindú y el brasileño». También existían «bailes de la muerte», en los que un gran esqueleto era expuesto ante la algarabía de miembros de diversos estamentos. Más tarde se pusieron de moda, ya a partir del siglo xv, las «danzas de la locura». En Portugal encontramos las *follias*, unas danzas muy ruidosas en las que el personal empleaba sonajas y se disfrazaba para bailar como si hubiese perdido el juicio.⁴

Los bufones eran denominados, como hemos visto, «gentes de placer» y en España abundaron particularmente en la corte de los Austria, hasta que fueron desterrados por los Borbones en el siglo xviii. Pensemos en las célebres *Meninas*, representadas por Velázquez, acompañadas de una enana cuya función era hacer de persona de placer. A estos sujetos también se les llamaba «sabandijas palaciegas» y, como vimos, contaban con algún rasgo físico que los distinguía de forma grotesca de sus señores. Se dice que gracias a su deformidad servían también de contraste para mejor conocer la «exacta medida» o el «justo medio» aristotélico. Servirían, pues, para tener una percepción más cabal de la realidad.

Felipe II tenía en muy alta estima a sus gentes de placer, nombres como Magdalena Ruiz y Martín el Loco. Como afirma González Duro, Felipe II, en contra de los deseos de su padre Carlos V, «mantuvo siempre una gran afición por las

4. Se trata de eventos predecesores de las *raves* de música electrónica que surgirían a finales del siglo xx en Occidente. Tanto *follia* como *rave* son palabras que remiten a la locura, y, en ambos casos, se trataría de dar rienda suelta a elementos irracionales en eventos multitudinarios presididos por la música.

“gentes de placer”, de las que procuraba rodearse allá donde fuera». Dicho esto, Carlos V contó con su propio bufón, Francés de Zúñiga, alias Francesillo, que cultivó las letras y escribió una muy famosa *Crónica Burlesca del Emperador Carlos V*. Gozó del favor real hasta que, en 1529, «Carlos V se hartó de él y lo echó de la corte por haber proferido con demasiada insistencia un comentario mordaz sobre su persona y la manera de tratar a algunos cortesanos. Seguramente, fue la gota que colmó el vaso; para entonces el emperador se había vuelto muy serio y ya no soportaba ciertas verdades».

Como ya se habrá percatado el lector, los bufones también eran llamados truhanes, aunque estos últimos carecían de anomalías físicas, su diferencia con respecto a los demás mortales era tan solo psicológica. Eran definidos, ya antes de los tiempos de Alfonso X el Sabio, como «aquellos que se fingían locos en palacio». González Duro comenta de ellos: «Los truhanes se saltaban las reglas y convenciones sociales, y en eso precisamente consistía su gracia. Se atrevían a imitar gestos y voces de gentes de la más alta alcurnia, se fingían clérigos o aristócratas, trataban con familiaridad a sus señores, eran indiscretos, osados y muy críticos, amparándose siempre en la supuesta inocencia que procuraba la locura generalmente simulada».

La locura podía servir a diversos fines, y contar con ciertas ventajas. Tenemos ejemplos más modernos de ello. Los —pocos— amigos de Nietzsche, tanto el músico Peter Gast como el teólogo Overbeck, tenían la «terrible sospecha», al final de sus días, de que su amigo pudiese estar fingiendo su locura. Y Nietzsche, a pesar de la falsedad de tal hipótesis, ciertamente había tratado el tema de la locura simulada entre los antiguos griegos, algunos de los cuales anhelaban volverse locos; como si eso fuese a evitarles ciertas cargas y responsabilidades intrínsecas a la existencia humana.

Volviendo a los locos que actuaban como confidentes de los reyes, estos eran reclutados en «hospitales de inocentes», casas de locos o manicomios de la época. Este fue el caso del poeta

Garci Sánchez de Badajoz, quien fuese protegido del duque de Feria durante años. La propia equivalencia de significado entre loco e inocente expresa claramente la libertad de la que gozaba el trastornado mental (exento de culpa o responsabilidad moral), una libertad adquirida, por otro lado, a cambio de una terrible carga.

Junto con el sentido del humor, la deformidad es otro disfraz que permite al bufón ser sincero. La verdad y los comentarios jocosos no son tan bienvenidos en la figura de un galán de buena percha. El bufón o el loco compensan con su fealdad y desgracia (manifiesta en sus rasgos físicos y mentales) las dolorosas palabras que han de emitir. Digamos que, además de ser gracioso por vía del ingenio, el bufón ha de ser en su propia apariencia y constitución física irrisorio. Esto podría explicarse por el hecho de que una persona abatida por el destino debido al atrofiado cuerpo que le cupo en suerte es la única a la que se le permitirían ciertas licencias.

Una persona sana y armoniosamente constituida no habría pagado el precio previo como contrapartida al privilegio de expresarse con sinceridad ante los poderosos.

Hoy pasaría algo similar con el cómico, puesto que, aunque este pueda ser atractivo, en el imaginario colectivo de Occidente ser gracioso y *sexy* son, a menudo, principios mutuamente excluyentes, antitéticos. Por lo general, y por mucho que ciertas personas lo nieguen, el seductor es «tomado en serio», al tiempo que el tipo gracioso es considerado un friki, una persona rara no estimada como objeto sexual. El galán es un arquetipo caracterizado por su moderación, no por la creatividad y, mucho menos, por su aptitud para hacer reír. Para la mayoría de las personas (o, al menos, muchas de ellas), alguien gracioso no puede ser *sexy* y, de hecho, muchos cómicos emplean el humor, o el hacer reír, para ser valorados socialmente, al carecer de otros atributos. En una sociedad sadomasoquista como la nuestra, el objeto de deseo suele ser el villano, el tipo duro o el sujeto imperturbable. Cuando hablo de

una sociedad sadomasoquista, me refiero al hecho de que en nuestra cultura tiende a valorarse aquello que es inaccesible o que se conduce despectivamente. El sadomasoquismo es un infantilismo de acuerdo con el cual despreciamos a quienes nos valoran y valoramos a quienes nos desprecian. Lo cierto es que la persona madura sabe encontrar valor en aquello que lo atesora verdaderamente y no en el malestar que provoca la propia debilidad. El esnob, el inseguro, el que carece de autoestima es aquel que tiende a ser sadomasoquista en su trato con los demás.

Fray Baltasar de Vitoria, a quien cita Bouza, dice lo siguiente sobre este tipo de personajes: «es grande hermosura de la naturaleza, semejante variedad de formas disformes... porque, así como la oscuridad de la noche es causa que adornen y hermosteen más los resplandores del Sol y así como las sombras hacen sobresalir más las tintas y colorido diverso de la pintura, así lo disforme de estas formas imperfectas es causa que resplandezcan más las formas de toda perfección». Esa fealdad podía, también, servir para realzar la autoimagen del rey y su corte. Al igual que Schopenhauer entendía que los tontos son generalmente queridos porque realzan la propia autoestima e imagen (suele decirse de ellos que son buenas personas), los seres de extrema fealdad hacen a los poderosos sentirse mejor consigo mismos.

Ya hemos señalado que el bufón, como el cómico contemporáneo, gozaba de licencia para decir la verdad. Y esa verdad servía para lograr que el rey tuviese los pies en el suelo. Por eso el bufón es el fiel y siempre presente acompañante del monarca. Tomo parte del prólogo del libro *Les bouffons* de M. A. Gazeau (1882), en la versión española de Cecilio Navarro (1885), para explicar lo antedicho con la mayor claridad: «Desde Esopo, que puede pasar por el primer bufón, hasta los farsantes y gesteros del Directorio de la Revolución francesa, hay una serie de reidores de profesión que se tomaban el trabajo de divertir a sus contemporáneos, o tenían la obligación pagada de hacer reír a sus malhumorados señores.

Algunos tuvieron miras más altas y desempeñaron un papel más noble prevaliéndose de la impunidad asegurada a sus chistes para hacer oír amargas verdades a los poderosos del día o, aunque más rara vez, para llevar a los pies del trono un buen consejo o las quejas de los oprimidos. Con su derecho de poder decirlo todo, derecho del que usaban y abusaban, los bufones de corte fueron a veces como las bocinas de la verdad. Bajo una forma burlesca o cínica, la verdad llegaba así a los oídos del amo y señor, a quien de otra manera no hubiera llegado nunca».

En esta línea, Enid Welsford recuerda la historia en la que un sultán se topó con un derviche en su camino. Este sujetaba una calavera en sus manos. Cuando el sultán le preguntó qué era lo que estaba haciendo, respondió: «Esta calavera me ha sido presentada esta mañana, y, desde ese momento, llevo tratando de descubrir, en vano, si es la calavera de un poderoso monarca, como su majestad, o de un pobre derviche, como yo mismo».

En Alemania el bufón era conocido como un «alegre consejero». Cuando el clero alemán quiso denegar un entierro eclesiástico al bufón de Federico I de Prusia, este respondió enterrándolo en el centro mismo de una iglesia, «un lugar donde nada más que la pura verdad debería ser predicada». Se sabe que el rey azteca Moctezuma II (1466-1520) era un entusiasta de los bufones, entre los cuales muchos estaban sembrados de deformidades. El conquistador Bernal Díaz del Castillo, quien participó en la toma de México con Hernán Cortés y visitó la corte de Moctezuma, afirmó que en ocasiones pequeños enanos deformes estaban presentes durante sus comidas. Sus cuerpos parecían estar «casi partidos por la mitad». En estimación de Bernal, estos sujetos eran sus bufones. En la Rusia de siglos pretéritos los bufones eran escogidos de entre los siervos campesinos más viejos y deformados, pudiendo estos sentarse a la mesa de sus amos y decir cualquier cosa que se les pasase por la cabeza sin temer las consecuencias. De estos datos inferimos, de

nuevo, que el bufón como ser deforme e irrisorio es un arquetipo transcultural, quizá sito en la psique humana.

En la Antigüedad el propio emperador era, a menudo, un «histrión loco», como afirma Foucault, en relación con personajes como Calígula, Nerón o Heliogábalo. Para hallarlos uno tan solo ha de leer la *Vida de los doce césares* (121), de Suetonio. Tiranos como Mussolini, a su vez, también podrían ser inscritos en un discurso de lo grotesco, propio del payaso o el bufón.

Foucault hace mención al «fenómeno por el cual aquel a quien se da un poder es ridiculizado o puesto en la abyección, o bien mostrado bajo una luz desfavorable»; fenómeno que, sin duda, afecta a la figura del bufón, tan cercano al poder, pero, a su vez, colocado en una posición ridícula por su estatura, vestimenta o estafalaria apariencia física. Solo siendo ridículo podrá contar con tantos privilegios como le han sido adjudicados. Como suele decirse en inglés: *No pain, no gain*.

Aunque el bufón ejerciese un rol similar al de actores, músicos y otros animadores, se le emparejaba siempre con una figura poderosa y contaba con privilegios distinguidos a la hora de expresarse y tener acceso directo a personas relevantes. El poeta de la corte Andrelini, renombrado por su fealdad, que desempeñó sus funciones durante el reinado de Luis XII de Francia, contaba con el privilegio de satirizar la conducta de prominentes teólogos, en un tiempo en que tales comportamientos eran castigados con la muerte.

En el siglo xvii destacó Friedrich Taubmann, poeta y bufón del duque Friedrich Wilhelm de Weimar, por quien era muy querido. Como todo bufón, contaba con total libertad para ir y venir, y hacía uso de su ingenio para lograr que el duque se condujese con la mayor humanidad, al tiempo que se le permitía exponer toda forma de corrupción. Por su parte, el poeta persa Hafez, del siglo xiv, tenía libertad para atacar las extravagancias e hipocresías de teólogos y fanáticos religiosos.

Teólogos y académicos han sido, tradicionalmente, objeto predilecto de las burlas del bufón, que representa la voz del pueblo llano, algo así como la «verdad objetiva», el *common sense* o la verdadera opinión pública (no la fabricada desde el poder). De hecho, la censura episcopal fue siempre fuente de denuncias contra el bufón. Tenali Rama, bufón en la corte del emperador Krishnadevaraya (siglo XVI), asistió a un debate intelectual en el que un estudioso —al modo de los actuales filósofos posmodernos y gurús de la autoayuda— afirmaba que el mundo entero es una ilusión y que es tan solo nuestra mente la que nos hace creer que sentimos y percibimos. Tenali le preguntó: «Señor, ¿de veras no hay diferencia entre comer una cosa y pensar que comemos una cosa?». «Ninguna en absoluto», recibió como respuesta. «En tal caso», dijo Rama a los presentes, «será fácil poner a prueba esta teoría de hombre sabio. ¡Comamos el rico festín proporcionado por este generoso monarca, y dejemos que nuestro amigo piense en ello y llene así su barriga!». También hoy se nos dice que con solo afirmar o representarnos algo, esto se hace realidad. No es de extrañar que hoy los bufones sean más necesarios que nunca.

La potestad de esta figura para decir la verdad no solo se basaba en su instrumentalidad como aquel que proclama verdades necesarias, sino por su utilidad como artista o animador. No todo el mundo tenía su capacidad para entretener y hacer reír. Friedrich Taubmann, el bufón alemán ya mencionado, se topó con un soldado que había disparado por la espalda a un coronel. El duque se disponía a cortarle la mano al soldado por su transgresión, pero Taubmann le dijo que ya era demasiado tarde. Tendrían que habérsela cortado antes de haber disparado. El duque se rio y perdonó al soldado.

Triboulet, por su parte, acudió en una ocasión al monarca con una queja: «Triboulet: “¡Un noble ha amenazado con colgarme!”. El monarca: “¡No te preocupes! Si te cuelga, lo haré decapitar quince minutos después”. Triboulet:

“Bueno, ¿sería posible decapitarlo quince minutos antes?”». En otra ocasión, Triboulet no pudo contenerse y le dio una palmada a Francisco I en el trasero, para disfrute de los nobles que lo rodeaban. El rey perdió los estribos y amenazó con ejecutar a Triboulet. Un poco más tarde, Francisco se calmó y prometió perdonar a Triboulet si se le ocurría una disculpa aún más insultante que la ofensa previa. Unos segundos después, el bufón respondió: «¡Lamento mucho, majestad, no haberle reconocido! ¡Le confundí con la reina!». Finalmente, la lengua viperina de Triboulet acabó por ser su ruina. Francisco I ordenó que lo ejecutaran por violar una vez más su orden de no hacer bromas sobre la reina y sus cortesanos. Como había sido su fiel y distinguido servidor durante muchos años, el rey concedió a Triboulet el derecho a elegir cómo morir. Triboulet, con su mente aguda, dijo lo siguiente: «Buen señor, pido morir de vejez». Al no tener otra opción que reírse, el rey ordenó que Triboulet no fuera ejecutado, sino que lo desterrasen del reino.

Como ejemplo de los privilegios de los que gozaba el bufón, podemos describir, como lo hace González Duro, la ocasión en que Gabriel la Mena, bufón de Fadrique Enrique, almirante de Castilla en el siglo xv, fue importunado mientras jugaba al ajedrez con el duque de Alba, precisamente por el hermano de este —comandante general de León—. El bufón se dirigió a él y le dijo: «Dejadnos, sino deciros he seis tachas que tenéis». El hermano del duque respondió que no volvería a abrir la boca si el bufón le decía cuáles eran esas seis faltas suyas. El bufón contestó: «La primera que pedís, la segunda que no dais, la tercera que reñís, la cuarta que porfiáis, y la quinta que traéis el jubón lleno de grasa, la sexta que parecéis pisada de gato en masa».

En China solo el bufón, cuyo nombre era «Revelación Inmortal», podía acercarse a hablar con el emperador y el primer ministro. En la India, un bufón llamado Birbal empleaba su influencia para hacer de intermediario entre Akbar el Grande y sus súbditos hindúes. El bufón representaba

una institución fundamental a la hora de ejercer el poder: era parte de su mecanismo. Sin el bufón y su veracidad disfrazada de humor, el poder carecía de una de sus bases o pilares principales. La potencial tiranía y despotismo de la figura real exigían de un contrapeso en la balanza que sirviese a modo de equilibrio y evitar así potenciales desmanes. El humor es esencial para poder transmitir la verdad, puesto que, como diría Nietzsche, la verdad «es lo que hace daño», una sinceridad que «acaba volviéndose contra la moral». También dice Feuerbach en *La esencia del cristianismo* (1841): «Hoy, quien dice la verdad es un impertinente, un “maleducado”, y quien es un “maleducado” es inmoral. La verdad en nuestro tiempo es la inmoralidad [...] en una palabra, solo la mentira es moral porque oculta y disimula el mal de la verdad, o, lo que es lo mismo, la verdad del mal». Y es esta tensión entre verdad y moral dominante la base de las censuras y cancelaciones que tienen hoy lugar, puesto que la moral es también ideología; una ideología que podríamos definir como el sistema de ideas y valores propios de una época. Los tiempos en exceso morales (al menos, en apariencia, en el plano verbal, acusatorio, superficial) son contrarios a la verdad y, por tanto, al humor que la manifiesta.

«Déjame decirte», dice Erasmo, «los bufones cuentan con otro don que no ha de ser despreciado. Son los únicos que hablan con franqueza y dicen la verdad, y ¿qué es más encomiable que la verdad?». Continúa diciendo que «la verdad puede sonar severa cuando no ha sido adornada, pero al ser recomendada por algo placentero [como una fábula o por medio de una broma] puede penetrar más fácilmente en las mentes de los mortales». El humor sería algo así como una miel por vía de la cual la verdad habría de ser expresada sin ofender, sin resultar indigesta. Erasmo prosigue: «El tipo de bufones que los reyes de tiempos pretéritos integraban en sus cortes estaban ahí con el expreso objetivo de poner de manifiesto y, por ende, corregir, ciertas faltas menores por medio de su verbo franco que no ofendía a nadie».

En este sentido, hay que entender hasta qué punto el monarca estaba desconectado de su pueblo. Se sabe que en la Inglaterra del siglo IX y X, el rey solía disfrazarse de caballero y atravesar sus dominios para ver, sin intermediación, cómo era tratado su pueblo, algo similar a lo que acontece hoy en grandes empresas, cuando miembros de las mismas se hacen pasar por clientes y evalúan secretamente a los vendedores que les atienden. En esta técnica, conocida como *mystery shopper* (cliente misterioso o incógnito), los empresarios actúan como si fueran clientes comunes que compran o consumen un servicio y, después, redactan un informe para explicar cómo fue su experiencia. Se trata de una técnica que se remonta, en realidad, a la Grecia antigua. Ya Platón afirma en su *República* que el tirano envía espías a la ciudad y los reparte para que le cuenten lo que pasa ahí y le digan qué piensan de verdad los ciudadanos.

En ambos casos, el disfraz se utiliza para acceder a la verdad o realidad dominante en los estratos más bajos del Estado o la organización empresarial. El hecho de que el bufón tuviese como misión expresar una representación veraz de la realidad queda de manifiesto en el nombre de uno de los más legendarios bufones de China: Espejo Recién Pulido.⁵ En China el bufón y los actores en general eran conocidos como poseedores de la cualidad del espejo (*Lu Ruojing*). Su función era la de reflejar los hechos del mundo sin distorsión alguna para que los poderosos pudiesen comprender mejor el mundo, frente a aduladores y demás agentes que se esfuerzan en desfigurar la percepción que de la realidad puede tener el rey. El bufón, a pesar de estar en el meollo del poder, tiene la capacidad para ver la realidad con la mayor nitidez. Hace las veces de un monóculo o lente que aporta claridad a la mirada. Entre otras cosas, conoce la verdad, al ser una especie de marginado social, pues percibe los

5. Los nombres de bufones eran curiosos y raros. Francisco Bazán, un bufón del siglo XVII, era conocido como *Ánima del Purgatorio*.

hechos del mundo desde el exterior, no desde el interior como sujeto del Estado. «Aquel que refrena a su príncipe quiere a su príncipe», dijo el filósofo chino Mencio (372-289 a. C.).

Aun así, decir la verdad puede, también, crear tensiones. En el *Rey Lear* (1606), de Shakespeare, este amenaza a su bufón con una serie de latigazos como castigo por ser demasiado sincero, a lo que su subalterno contesta sarcásticamente: «La verdad es un perro que hay que echar a la perrera. Y debe echársele a latigazos, mientras que la señora Braca puede acurrucarse y heder al amor de la lumbre». A su vez, sin embargo, el rey es muy consciente de que su bufón ha de decir siempre la verdad, que ahí radica su valor: «Rey Lear: Como mientas, pícaro, te haré azotar. Bufón: Me maravillo del parentesco que tienes con tus hijas; ellas me quieren azotar si digo la verdad; tú quieres azotarme si miento; y a veces soy azotado por guardar silencio». Es por ello que el bufón echa en cara a Lear sus errores: «¿Puedes decirme cómo hace una ostra su concha? Lear: No. Bufón: Ni yo tampoco; pero sé por qué el caracol tiene casa. Lear: ¿Por qué? Bufón: Pues para meter allí su cabeza: no para entregarla a sus hijas y dejar sus cuernos sin abrigo».

El bufón está, por otro lado, emparentado con el juglar, el *joculatore*, aquel que cantaba las hazañas y hechos de los príncipes, los héroes o los santos. Eran dos de las figuras más representativas de la escena medieval. Como el bufón, el juglar podía llegar a ser cruel, cínico e insensible ante el dolor ajeno. Era, en parte, algo así como un duende o un pequeño diablo, asociado, también, con el sátiro, cuyo nombre sirve parcialmente de origen etimológico a la sátira. La sátira es, como todos saben, una composición en verso que aspira a poner algo o a alguien en ridículo. Hesíodo habla del sátiro como un ser inútil y bromista. Este último cuenta con un elemento salvaje e indómito, al tiempo que puede ejercer como maestro iniciático, dada su aguda intuición (herramienta fundamental a la hora de comprender la realidad y

expresar la verdad por medio del humor). El hecho de no seguir los consejos del bufón podía acarrear verdaderos desastres. Este fue el caso del duque Leopoldo I de Austria, a quien su bufón, Hans Kuony, aconsejó no entablar combate. Tras no atender a sus ruegos, sufrió una terrible derrota en 1315.

Dicho todo esto, un bufón malintencionado y corrupto puede, precisamente, depravar, corromper, embrutecer y empujar al rey a la tiranía, como es el caso de Triboulet en *El rey se divierte* (1832), que ejemplifica lo que hoy llamaríamos una mala praxis: «El rey en manos de Triboulet no es más que un polichinela todopoderoso, que amarga todas las existencias que el bufón se empeña en deshonar». De ahí que el bufón deba, además de todo lo antedicho, ser alguien en particular honesto.

Cuando en el siglo XIV Eduardo III de Inglaterra venció a las tropas de Felipe VI de Francia, ningún miembro de la corte francesa se atrevía a dar al rey la terrible noticia de la destrucción de su flota en Sluys. Finalmente, un bufón de la corte fue quien tuvo el coraje y sentido del humor para decirle: «Nuestros caballeros son mucho más valientes que los ingleses». «¿Cómo es eso?», preguntó Felipe. «Porque ni siquiera se atreven a saltar al agua como nuestros bravos franceses». De este modo, el rey supo que había perdido la batalla. Vemos en este ejemplo un rasgo heroico del bufón, quien ha de mirar al poder a los ojos para confrontar a este con la amarga verdad, cuando nadie más se atreve a ello.

En el caso de Luis XII de Francia, quien reinó entre 1498 y 1515, entendió que las burlas de ciertos comediantes con respecto a su política económica podían ser fuente de sabiduría y conocimiento valioso cuando dijo: «Entre sus groserías puede que en ocasiones nos transmitan verdades útiles [...] prefiero hacer que mis cortesanos se rían de mi tacañería antes que hacer llorar a mi pueblo por mis extravagancias».

El mismo Martín Lutero se vio obligado a hacer las veces de bufón, cuando quiso acabar con el celibato entre el sacerdocio protestante. Naturalmente, en esos años, la castidad de todo sacerdote era una especie de dogma ideológico estimado como irrefutable, puesto que estaba vinculado a la temática sexual, fuente tradicional de innumerables tabúes. Es por ello que Lutero tuvo que emplear el humor, para poder remitir a la liberalización de la sexualidad en el plano eclesiástico. Debió dar a entender su nueva posición desde la comicidad para no ser vilipendiado ni acusado de libertino. En la introducción a su obra *A la Nobleza Cristiana de la Nación Alemana* (1520), se distingue a sí mismo como «bufón de la corte», al tiempo que invoca el privilegio del bufón cuando dice que los monjes deben romper sus votos de castidad. No quiere ser castigado por expresar su verdad, una verdad que confronta a la ideología de aquellos tiempos, en un asunto controvertido.